

de Francia; pero los Valois no podían hacerlo, y mucho menos su jefe á la sazón, Catalina de Médicis. Esta mujer que debía pasar en lo sucesivo como la representante más feroz del espíritu reaccionario, consumió su vida en buscar acomodamientos y paces entre católicos y calvinistas. A este fin daba edictos y más edictos, contradictorios unos con otros, nacidos de las circunstancias todas y no del derecho, encaminados á mantener el equilibrio inestable de las contrarias fuerzas, y en los cuales unas veces se sacrificaba la libertad á la intolerancia, y otras veces el catolicismo y sus privilegios á la libertad y sus derechos, según lo pedían las necesidades varias de la política y el empuje diverso y fluctuante de las circunstancias. Así reunió Catalina una gran conferencia de católicos y protestantes en el vasto rectorio de los dominicanos de Poissy. Oía entonces la Reina viuda los consejos del canciller L'Hopital, quien, alzándose con vigor, sobre las supersticiones de su tiempo, defendía la libertad religiosa como un hombre de nuestro siglo. Así debió, con razón, presidir aquel Congreso de concordia. Y lo presidió resuelto á tomar un término medio, que conciliando la oposición de los extremos, diese paz á los ánimos y paz á los pueblos. Para granjear mayor autoridad al convenio, hallábanse presentes los individuos todos de la real familia y los más célebres doctores de una y otra iglesia. Por boca de L'Hopital habló la concordia; después de L'Hopital, habló el cardenal Tournon, para dar gracias á los asistentes, llevados allí por sabio espíritu conciliador; y después de Tournon, el célebre orador calvinista, Teodoro de Beza. El discurso de tan sabio reformador tendió con arte á la conciliación estrecha, pero en las bases fundamentales del calvilismo militante. Así, habló de la justificación por la fe sola en Cristo, y de la reducción de todo principio de autoridad al texto de los libros revelados. Reduciéndose luego á la Eucaristía, principal motivo de divergencia en el protestantismo, sostuvo que Cristo estaba tan alejado de la hostia y del cáliz, como el cielo de la tierra y que sólo podía tenerse la Eucaristía por una conmemoración espiritual, toda del alma, y consistente de suyo en puras y abstractas ideas. Sordos murmullos contestaban á estas heterodoxas proposiciones. El cardenal, enrojecido el semblante poco más ó menos como el traje, dijo fuera de sí, que sólo por su sentimiento de respeto á los reyes, había oído tanta blasfemia. Catalina balbuceó algunas escasas palabras y dijo que á otra sesión se remitía la respuesta indispensable á las palabras de Beza. En efecto, á otra sesión pronunció el cardenal un discurso en defensa de la Iglesia católica y de sus dogmas y de sus cánones. Y cuando ya estaba el discurso concluido deslizó Lorena, cardenal también y jefe de los Guisas, en la cuestión eclesiástica, una componenda, la cual afirmaba el dogma de la Eucaristía, pero en sentido luterano, como resuelto á perder á los calvinistas cogidos en una debilidad impropia de la rigidez é intransigencia naturales á su fortísimo temperamento. En la Iglesia era la Eucaristía una trasustanciación; y en el Luteranismo una consustanciación; y en el Calvinismo una conmemoración. No hubo medio de avenencia. Los conciliadores de todos los partidos quedaron burlados. La Reina

madre no llegó á la transacción deseada; los calvinistas no llegaron á la libertad; los Guisas no llegaron á la separación del calvinismo francés y del luteranismo alemán, como habían deseado en su maquiavélica perfidia. El combate quedó en suspenso, pero amenazador, y los combatientes quedaron en las respectivas posiciones antes ocupadas, mirándose con saña igual y apercibiéndose á formidables combates.

A principios de Enero, el año 1562, dióse un edicto de tolerancia, el cual reconocía y legalizaba la existencia del calvinismo. Saber los Guisas la promulgación de tal edicto, y apercibirse al combate fué obra de un momento; saber Condé la resolución de los Guisas, y apercibirse á la defensa, fué obra también de otro momento. El combate comenzó por intrigas para concluir por matanzas. Los Guisas trataron de arrancar á Condé su Alemania, en la cual todo protestantismo debía sostenerse y apoyarse, aun á riesgo de apostatar ellos del catolicismo; y trataron de separar también de Condé á Navarra, aun á riesgo de tener que dar á éste alguna compensación por la merma de su feudo. Guisa volvió á París para urdir todas estas intrigas; y en el camino presenció la horrible matanza de Vassy, donde quedaron heridos cien calvinistas y muertos más de sesenta. Su ingreso en la capital, por lo mismo que venía manchado de sangre protestante, se asemejó á un triunfo romano. Grandiose ejército le precedía y acompañaba; corte brillantísima, con todos los esplendores propios de los más altos poderes le circuía; el pueblo le aclamaba. En la carrera encontró Guisa nada menos que á Condé, quien para ir á unos oficios Calvinistas, necesitaba nada menos que quinientos caballos de guardia. Aquel encuentro equivalía en el fondo á un simulacro. Los que ahora se mezclaban por el acaso en las calles, debían mezclarse más tarde también, pero en confusión espantosa, para combetirse á muerte en los campos de batalla. Guisa ganó por la mano á Condé, y yéndose á Fontainebleau cogió al Rey Carlos IX, y se lo llevó al castillo de Vincennes; mientras su rival fortificaba el opuesto lado de la gran mterópoli, el puente de Saint-Cloud, para emprender operaciones análogas. Una vez dueños del Rey los Guisas, disolvieron por fuerza las reuniones protestantes, quemaron los púlpitos donde hablaban los predicadores, y los bancos donde se asentaban los fieles, á la voz del cardenal de Lorena, que sembraba la cólera como una furia del infierno. Al ver tal tiranía en París, la revolución calvinista se propagaba por todas las provincias. La matanza de Sens le dió un motivo, y la provocó el desquite. Francia entera cayó en las llamas del universal incendio. El degüello se extendió por todas partes. Sucumbían unas ciudades en poder de tal bando, y otras ciudades en poder de tal otro. En vano se daban sangrientas batallas, como la batalla de Dreux; los combatientes sin distinción de vencedores y vencidos, juraban volver á comenzar con mayor fuerza y cumplían su juramento. Los resultados de tales combates eran bien funestos para todos. El general Saint-André perdía en ellos la vida; el condestable Montmorency la libertad; y el almirante á quien le repugnaba tanto la discordia, se iba con sus gentes á Normandía

en busca de recursos y auxilios para continuar aquella guerra. Guisa, mientras tanto, sitiaba la capitalidad central del protestantismo, es á saber, la ciudad de Orleans. En su furor señalábala para el saco primero, para el incendio luego, para la extirpación y el exterminio por último. «No volverán, decía, los nacidos á ver Orleans; lo mataré todo allí, hasta los gatos.» El protestantismo debía concebir un odio implacable á tal caudillo de la idea católica; y este odio implacable debía engendrar un fanático de aquellos, á manera de los tribunos antiguos, que creían acto meritorio y virtuoso el asesinato. Había entonces en el campo católico un hugonote llamado Poltrot, quien, prisionero en San Quintin, pasara largo tiempo en España; y durante todo este largo tiempo creciera, por motivo y razón de su propio cautiverio, en odio al catolicismo. Allí concibió mil veces la idea de matar al Rey ó al Papa, en su pugna eterna con la fe ortodoxa, y no pudiendo lograr su intento, juró matar al vice-monarca ó vice-papa, que se llamaba Guisa, brazo derecho del catolicismo universal. Así, decía frecuentemente, mostrando á sus camaradas la mano: «esta; creedlo, acabará con el duque de Guisa.» Muy disimulado y muy astuto, además de muy valeroso y muy resuelto, inscribióse con perfidia en las huestes que sitiaban á Orleans, y se distinguió por su piedad católica tanto como por su arrojo militar. Su color moreno y su pronunciación meridional diéronle fácilmente un apodo, el apodo de *Españoleto*, y este apodo dióle facilidades mayores aun para granjearse verdadera confianza entre los más exaltados católicos. Guisa le ofreció un Potosí verdadero si entraba en Orleans y hacia saltar los polvorines. Mas la pólvora guardábala Poltrot para el duque. Así, en el día de perpetrar su crimen, rezó, como si fuese á un acto de caridad y de amor. Y después de rezar sintióse, como todos los fanáticos, iluminado por un resplandor celestial, mantenido por una fuerza divina. Y emboscándose allá en selva céltica, tras árbol secular, junto á solitaria encrucijada por donde había de pasar el duque á cercano castillo, habitación de su joven esposa, le aguardó y le atizó con el arma preparada y al ojo, como atisba y aguarda el buen cazador su codiciada presa. Tiróle á seis pasos, y le metió las balas de su arma en el cuerpo. Trasladado el moribundo al castillo, que no estaba muy alejado del sitio de la catástrofe, creyóse al pronto que no le habían herido de muerte. Pero entonces los asesinatos eran muy consumados en el arte de matar; y Poltrot envenenó sus balas para que la víctima no escapase por ningún lado á la eternidad. Murió, pues, Guisa como había vivido, ahogado en sangre. Sus funerales llegaron á tener la grandeza de clásica apoteosis. Su cuerpo fué glorificado como el cuerpo de un santo so las bóvedas de Nuestra Señora. Y mientras tales funerales se celebraban, Poltrot moría en plaza bien cercana, desde la cual hubiera podido en su última hora oír, no sólo el repique de las campanas como era natural, sino también los acantos del órgano. Atáronle desnudo á un poste. El verdugo le arrancó la carne de los brazos y de las piernas con tenazas enrojecidas. Después le ataron á cuatro caballos las extremidades. Aunque los jinetes, caballeros sobre las cuatro bestias, espolea-

ban sus ijares, no lograron romper aquel fuerte cuerpo, aun tirando cada una de ellas con fuerza por su lado. Los curtidos músculos guardaban con mayor fuerza todavía la unidad del organismo, y al par de la unidad del organismo, la vida. El verdugo trajo entonces una cuchilla de carnicero; y fué abriendo las carnes y quebrantando los huesos, para que la disyunción se consumara más pronto. Los caballos se llevaron brazos y piernas, pero el tronco aún palpitaba y aún vivía. Entonces el verdugo por misericordia le cortó la cabeza, cuya lengua no dejó un momento de proferir anatemas contra la crueldad de sus verdugos é invocaciones á la justicia del cielo.

A los cuarenta y cuatro años Guisa había defendido á Metz contra Carlos V, y tomado á Calais contra los ingleses. El catolicismo perdió, al morir el duque, su más fuerte columna, y el calvinismo respiró con desahogo. Un niño de doce años heredó á tan alto príncipe. Y no sólo heredó su nombre y su sangre, sino la energía de su voluntad, la luz de su inteligencia, el tumulto de las pasiones, la propensión á los combates, las miras ambiciosas, las cualidades y la idoneidad para la guerra. Mas, necesitaba del tiempo, y con el tiempo no desmereció de su padre. Catalina se halló con Guisa y Antonio de Navarra muertos; Condé y Montmorency, prisioneros; Lorena y Coligny ausentes; la corona de los jefes del partido católico en las sienes de un niño, la corona de los Borbones en las sienes de otro niño, llamado en lo porvenir á ser Enrique IV; y renaudó la paz religiosa con otro Edicto y reunió los príncipes de las fracciones disidentes en nuevas y más seguras concordias. Pero la viuda de Guisa demandaba venganza; y esta venganza bien fácilmente podía encender por los cuatro costados la más horrible guerra. Catalina en su deseo de predominar, procuraba por todos los medios imaginables la paz. Así llamábanla reina sin religión los católicos exagerados, como llamaban á Francia nación perdida, y á la dinastía de los Valois y á los gentiles hombres todos, hato de verdaderos herejes. La muerte de Guisa influyó hasta en el Concilio de Trento, donde Lorena, desde tan súbito caso, abandonó las ideas conciliadoras con el protestantismo y los protestantes hasta entonces por él mantenidos, y se inclinó al intransigente sistema ultramontano español. Por estos días se verificó en Bayona la entrevista del duque de Alba é Isabel de Valois, con Catalina de Médicis y Carlos IX de Francia. En vano los dos representantes de la monarquía española quisieron llevar á la intolerancia más horrible á los dos representantes de la monarquía francesa; éstos se inclinaban á la paz religiosa y no podían convenir con las miras inquisitoriales de Felipe II. Así al regreso de Bayona reunieron los jefes de los partidos opuestos y les obligaron á la paz. La viuda de Guisa renunció á su reclamación, y el almirante Coligny retó á cuantos mantuviesen que había tenido parte alguna en la muerte de su poderoso rival. El cardenal de Lorena también tuvo que asentir á la concordia; la paz parecía sonreír sobre aquel reino. Pero quien hubiese mirado con calma el fondo escondido bajo tan risueña superficie, viera latir la guerra implacable. El joven duque de Guisa, venido desde Hungría para pre-

senciar el pacto, no dijo palabra, manteniéndose con cuidado en una reserva bien impropia de sus juveniles años, pero bien propia de sus prematuras ambiciones. El cardenal de Lorena y el canciller L' Hopital riñeron por la mayor ó menor tolerancia con los protestantes; y en su riña escandalosa cruzáronse calificativos tabernarios. Los jefes hugonotes trataron, pues, de hacer con la corte que se hallaba en Monciaux lo mismo que habían hecho los jefes católicos cuando la corte se hallaba en Fontainebleau: cautivarla. Fracasó la conjuración, porque informada Catalina de Médicis á tiempo, se fué con su hijo á París, desolada en busca de un refugio. Pero el resentimiento no se acabó con igual facilidad; y dos guerras siguieron á este falso tratado de paz.

En las alternativas de ambas, las fuerzas de todos los partidos se agotaban; y el predominio de la corte sobrevenia. Esta corte iba formándose con elementos cada vez más propensos á suprimir por la fuerza el calvinismo. Reinaba entonces con mayor imperio que había reinado jamás Catalina de Médicis. Sus entrañas de madre sólo se conmovían á la vista del más italiano de sus hijos, el duque de Anjou, dotado de claro ingenio, pero falto de todo sentimiento; perversos en sus instintos; corrompido en sus costumbres; tomado del amor á las artes; porque le divertían y le afeminaban; vestido con el lujo de una mujer; perezoso como un sultan; débil como un niño; muelle y blando; con pendientes en las orejas, brazaletes en las muñecas, adobos en las mejillas, perfumes en todo el cuerpo, corte de miñones á su alrededor, guardia de asesinos para protegerle, placeres por único fin de la vida y crímenes para llegar á todas partes. Bien al revés Carlos IX, alma varonil, compleción fuerte, cuerpo robusto y bien proporcionado, temperamento nervioso, ágil, facilísimo á las emociones más contrarias; de propensión á la cólera y á la caridad; severo y delicado á un mismo tiempo; cazador intrépido, jinete incansable, dado á la poesía y á la música como recreos y esparcimiento del ánimo, á un sólo amor devoto; generosísimo y cruel; inclinado de suyo tanto al olvido de las ofensas como al perdón de los ofensores; cambiante, y en sus cambios brusco; unido por una fatalidad horrible, de las muy frecuentes en la historia, por su mal á la matanza de San Bartolomé, sombra maldita, más horrible aún que todo el fuego de todos los infiernos. Carlos IX propendía de suyo á la libertad religiosa; y su hermano, el de Anjou, propendía de suyo á la intolerancia. Subvertido el reino, en anarquía todas las fuerzas sociales, señores de cada porción de Francia los partidos en guerra, conspirando la corte del duque de Anjou contra la corte del Rey de Navarra, y la corte del Rey de Navarra contra la corte de Carlos IX, y el poder de los Guisas contra el poder de los Colignys, y las fuerzas de los Condés contra las fuerzas de los Montmorencys; entre las intrigas de Inglaterra, las pretensiones de España, los ruegos de Orange, las tentativas de Holanda, el influjo de Alemania, la prepotencia de Roma, los tesoros del clero, los esfuerzos del ejército feudal con todos sus desórdenes, las perturbaciones universales, nada más fácil que urdir desde cualquiera de tales condensadores de la tempestad una con-

juración espantosa como la conjuración del horrible Louvre. la cual diese por resultado una matanza tan cruel como la matanza de San Bartolomé.

En estas alternativas, Condé había hecho el tratado de Amboise; y en este tratado de Amboise había consentido que la libertad religiosa reinase tan sólo en los castillos; como si el calvinismo únicamente fuese patrimonio de los nobles. Al ver tan triste resultado y fruto de guerras tan continuas, Coligny dijo que había Condé arrasado tantas iglesias calvinistas con sólo un rasgo de su pluma, como los católicos más furiosos con las teas de sus incendios. Precisábale, pues, al buen almirante restaurar la causa calvinista en los consejos del Rey por su política, ya que tan grave daño recibiera en los campos de batalla por la inconcebible debilidad de Condé. Corría el año 1572, cuando Coligny se partió para la Corte, á fin de salvar la libertad religiosa. Gran valor de su parte; porque pocos hombres tan impopulares en París como el almirante calvinista; pues había sitiado la ciudad con dos mil hugonotes; vencido á sus burgueses en las llanuras de Sainti-Denis; arruinado á los comerciantes con su guerra; puesto en ridículo á tanto jesuita y fraile y tonsurado y reaccionario y escolástico y pedante como pululaban por sus universidades y sus conventos. París estaba, pues, por los Guisas, por los católicos y por los jesuitas, por los reaccionarios, y en contra de la libertad de conciencia. Cuando la tolerancia entraba por la puerta de alguna otra ciudad, en los pactos y tratados que así lo convenían, exceptuábase siempre París, dada entonces al diablo del ultramontanismo en cuerpo y alma. Y sin embargo, Coligny entró en París al lado de Carlos IX, quien le devolviera todos sus honores y le señalara una cuantiosa renta. Los historiadores protestantes no quieren convenir en el catolicismo de los parisienses por entonces; y cuentan cómo al mismo tiempo, que los parisienses perseguían á los calvinistas, mataban á los italianos, por crueles proveedores de niños para la Reina Catalina; y el duque de Anjou, quienes les abrian las venas y se bañaban en su sangre á fin de confortarse por estos extraños medios y robustecer su débil compleción. Tales observaciones prueban, á los sumo, cuán dividido se hallaba París entonces en opiniones religiosas; pero prueban también que predominaban mucho los católicos sobre los protestantes, cuando á excepciones tan raras se apela para probar lo contrario. Coligny se libró todo entero á la lealtad del Rey Carlos. Tenía entonces cincuenta y cinco años. Su alta estatura imponía respeto y le daba en los combates el aire de un verdadero trofeo. Su frente ancha trasparentaba las ideas clarísimas de su profunda inteligencia. Cuando se indignaba, despedía su mirar verdaderos relámpagos de ira, y cuando en su interior estaba sereno, tenía su mirar éxtasis de santo. Lo luengo de su barba le daba el aire que da la pintura litúrgica en sus rigidos cuadros á los profetas hebreos. Las propensiones de los empeños varios de la guerra no excluían propensiones á la constante abstracción propia de quien medita mucho sobre los problemas religiosos. Ardiente y apasionado, este ardor entusiasta no excluía la constancia y aun la tenacidad. Como sus cualidades guerre-